

LA EVANGELIZACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

C. J. McCLOSKEY III

El estado de la Iglesia en los Estados Unidos, en este Quinto Centenario de la Evangelización de América, ofrece una oportunidad interesante y única, especialmente en vista del papel preponderante que desempeñan los Estados Unidos en los asuntos mundiales del momento presente. El año 1492 y su conmemoración actual, normalmente no se contemplan dentro del contexto de la evangelización cristiana. Más bien al contrario, esa fecha es abordada, generalmente, como un hecho histórico que abrió las puertas a la emigración europea —de gentes que supuestamente huían de un viejo orden de religión rígida, de regímenes absolutistas y de economías feudales estancadas—.

El filósofo francés Joseph De Maistre dijo una vez que «los dogmas hacen a las naciones», y el «dogma» de los Estados Unidos ha sido, desde hace mucho tiempo, el del derecho absoluto del individuo a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» (según leemos en el Preámbulo de la Declaración de la Independencia, 1776). El mensaje salvífico de Cristo por mediación de su Iglesia, así como su efecto sobre la nación, la cultura y la sociedad, raramente encuentran cobijo en la mentalidad norteamericana.

Con todo, este dogma tenue se ha mantenido vivo a lo largo de más de dos siglos, por parte de un protestantismo moralizante basado en la Biblia, al cual se une un minoría relativamente pequeña de católicos leales. Con la virtual desaparición del protestantismo convencional y con el advenimiento de los enormes problemas del catolicismo norteamericano post-conciliar, todo esto ha desaparecido. He aquí el estado de la cuestión. Los chinos, según creo, utilizan la misma palabra para referirse a los desastres y a las oportunidades. Puede que haya llegado el momento de la verdadera evangelización de América.

En este artículo, voy a pasar revista, someramente, al desarrollo de la Iglesia en los Estados Unidos desde sus comienzos, ofrecer un balance de su situación presente, y terminar con una evaluación positiva cara al futuro, no sólo con vistas al Tercer Milenio del Cristianismo, sino también con vistas al milenio de la evangelización de América en el año 2492.

1. *Hasta el Concilio Vaticano II*

Cuando hablamos de la evangelización católica de los Estados Unidos (Canadá ofrece un panorama distinto, que sólo mencionamos de refilón), hemos de dejar sentadas unas cuantas ideas como punto de partida.

a) En cierto modo, los Estados Unidos han conocido varias «evangelizaciones». En primer lugar, la evangelización española de California y Florida, que vino inmediatamente después de la llegada de Colón en 1492, y luego la primera llegada de inmigrantes europeos, que fue una combinación de huida de la persecución en el caso de los colonos británicos, y de celo misionero en el caso de los franceses. De hecho, podríamos incluso hablar de una tercera evangelización masiva, que se dio a partir de la inmigración europea del siglo pasado y de principios del siglo actual; y en esta segunda mitad de siglo, seguimos viendo más inmigraciones aún: desde el Lejano Oriente debido a problemas económicos y de persecución, y desde México y otros países de América Central y del Sur, por las mismas razones¹.

b) Aunque el descubrimiento originario de 1492 introdujo el cristianismo en el Nuevo Mundo, tuvieron que transcurrir casi 300 años antes de que los Estados Unidos se configuraran como una unidad política. Durante esos 300 años, el continente norteamericano (con la excepción de México) siguió estando escasamente poblado, y el catolicismo desempeñó un papel muy marginal en la sociedad. En 1776, año de la independencia norteamericana, sólo había, en el país 24 sacerdotes y unos 20.000 a 25.000 católicos, que sólo representaban el uno por ciento del total de los dos millones y medio de habitantes que componían la población colonial. El verdadero avance del catolicismo en los Estados Unidos, se ha dado, en gran medida, en los últimos 215 años².

1. James HENNESEY, *American Catholics*, New York, 1981.

2. *Ibid.*

Hemos de apuntar, asimismo, que si bien es cierto que la Iglesia ha crecido muchísimo en los dos últimos siglos, dicho crecimiento se ha producido en un ambiente algo antagónico respecto de las creencias católicas. Por un lado, la democracia liberal, que forma la base de nuestro sistema político, tiende a ver con malos ojos una configuración jerárquica, y en gran medida se asienta en la filosofía racionalista de la Ilustración. Por lo tanto, tiende a un relativismo subjetivo en cuanto a las creencias, y esto, ciertamente, obra en detrimento de las afirmaciones tajantes de la Iglesia. Con todo, sin embargo, hay gente que no acepta este punto de vista, y que mantiene que el sistema americano ha proporcionado un fundamento casi ideal para el crecimiento del catolicismo. Los que mantienen esta opinión creen que las ideas fundacionales de la democracia norteamericana se remontan al pensamiento escolástico, o incluso al tomista, por mediación de la influencia del anglicano Joseph Hooker³.

Ha habido una corriente subyacente constante de anticatolicismo a lo largo de la historia de los Estados Unidos, debido al dominio de las sectas protestantes que en gran medida han ido definiendo la religión norteamericana hasta fechas relativamente próximas al presente. Los dos pilares de este anticatolicismo —la ideología democrática y el protestantismo—, irónicamente, han hecho que la población católica norteamericana no abraze plenamente el *ethos* americano (lo cual a su vez ha asegurado la firme fidelidad al dogma y a la práctica del catolicismo). Pero también han proporcionado un telón de fondo de tensiones y de una persecución ligeramente velada en contra del crecimiento de la Iglesia en Norteamérica.

Estos trasfondos de tensión y de persecución vuelven a reaparecer una y otra vez a lo largo de la historia del catolicismo en los Estados Unidos. La mayor parte de las veces, sus efectos han sido muy positivos a corto plazo, por cuanto que dieron lugar a una Iglesia norteamericana plenamente enraizada. Antes del Concilio Vaticano II, por ejemplo, sólo en términos cuantitativos, la participación en la vida parroquial, las matriculaciones en los sistemas educativos católicos, la recepción de los sacramentos y el número de vocaciones religiosas, casi con toda seguridad, no hallan paralelismos en ningún otro país en ninguna otra época histórica. No obstante, como veremos más adelante, estos factores, evidentemente, no proporcionaron un fundamento lo suficientemente firme como para asegurar

3. George WEIGEL, *Catholicism and the Renewal of American Democracy*, Mahwah, New Jersey, 1989; David L. Schindler, ed., *Catholicism and Secularization in America*, Notre Dame, 1990.

un crecimiento y una fidelidad a más largo plazo, cuando se llegaron a producir condiciones más adversas, tanto dentro de la Iglesia como dentro de la sociedad.

Tal vez el factor más sobresaliente fuera la poca influencia que tuvo el propio catolicismo sobre la sociedad y la cultura de los Estados Unidos. Muchos de los inmigrantes que arribaron a Norteamérica vinieron para escaparse de la opresión económica, de las distinciones de clase social y de la persecución religiosa. Buscaban (y felizmente encontraron) una libertad económica, social y religiosa que les permitió elevarse hacia altas cotas de educación y de bienestar personal. Por consiguiente, la religión, por muy fervorosamente que se practicara individualmente, se convirtió en un asunto en gran medida personal, con el resultante de la generación de poco fervor evangélico respecto de las verdades que el catolicismo quería comunicar a la nación en su totalidad. Como resultado de la naturaleza inmigratoria de la Iglesia estadounidense, se acentuaron, sobre todo, los aspectos de la atención pastoral y de la integración cultural de las sucesivas olas inmigratorias de los distintos grupos étnicos. La Iglesia en Norteamérica se fue acostumbrando a un crecimiento constante y relativamente libre de zozobras, no sólo como consecuencia de los millones de inmigrantes que venían a engrosar sus filas, sino también debido a las altas tasas de natalidad, los altos niveles de nutrición y de cuidados sanitarios, y la ausencia de epidemias y de guerras. No se acentuaba tanto la espiritualidad o la vida intelectual, sino más bien la edificación ininterrumpida de la superestructura de la propia Iglesia, en la forma de escuelas, hospitales, etc., con el fin de atender pastoralmente a los millones de inmigrantes y a sus familias.

La Iglesia norteamericana también recibió una fuerte influencia (hasta el momento presente) proveniente del influjo masivo de irlandeses, con su consiguiente preponderancia en la vida eclesiástica norteamericana: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos destacados. Los irlandeses provenían de un contexto cultural que incluía varios siglos de severa opresión religiosa, de fuertes lazos familiares o de grupo, y de relativamente poco trasfondo intelectual o cultural respecto de su catolicismo. Un cierto «clericalismo» —que de ninguna manera era exclusivo de los irlandeses americanos previos al Concilio Vaticano II, pero que con todo ostentaba características irlandesas propias—, produjo una fidelidad total a la autoridad docente de la Iglesia, que sin embargo se mostró más bien poco creativa en lo que toca a su papel dentro de la sociedad norteamericana⁴.

4. Rev. Marvin O'CONNELL, *A Historical Perspective on Evangelization in the U.S.*, en *Teaching the Catholic Faith*, Nueva York, 1991, págs. 1 a 17.

También hemos de mencionar la cuasi herejía o el error del «americanismo», que fue condenado por el Papa León XIII en 1899, en una carta al eminente prelado norteamericano, Cardenal James Gibbons, titulada «*Testem Benevolentiae*». El americanismo puede definirse sucintamente como «la armonía básica entre los modos democráticos norteamericanos y el catolicismo». Según el americanismo, el eje de la vida espiritual gira en torno a la iniciativa, la libertad, las buenas obras y el individualismo, y no en torno a la gracia, la vida interior, la santidad. Aunque la encíclica fue a la sazón algo controvertida a la hora de intentar identificar las raíces del desorden y las personas que de hecho habían incurrido en la herejía, con todo el Romano Pontífice había identificado claramente una tendencia dentro de la vida católica norteamericana, que siempre había estado latente como corriente subterránea y que llegó finalmente a su punto culminante tras el Concilio Vaticano II. De alguna manera, el americanismo era una especie de puente histórico entre las controversias liberales de Lammenais y de otros del siglo pasado en Europa, y las controversias modernistas europeas de principios de este siglo⁵.

La Iglesia norteamericana creció vigorosamente hasta 1960. En ese momento histórico la familia católica típica era numerosa, las escuelas y las universidades católicas iban prosperando, con millones de estudiantes, y la observancia del precepto dominical alcanzaba al 75% de los católicos. Los seminarios y los conventos estaban a rebosar y se enviaban misioneros por el mundo entero. La emigración a los Estados Unidos había disminuido sustancialmente y el crecimiento de la Iglesia se iba generando, en gran medida, desde dentro. En 1960, parecía que la Iglesia, con el elección de John F. Kennedy como primer Presidente católico en la historia de la nación, estaba totalmente integrada en la cultura de una Norteamérica protestante y liberal, que no obstante iba siendo acomodaticia y más tolerante⁶.

2. Desde el Concilio Vaticano II a la actualidad

Pasaré ahora a analizar la situación actual de la Iglesia en los Estados Unidos. En algunos aspectos, este análisis quizás pueda parecer algo negativo, pero quedará contrarrestado por un planteamiento optimista cara al futuro. La situación de la Iglesia en los Estados Unidos, *mutatis mutandis*, es parecida a la situación europea de hace veinte o treinta años, es decir,

5. J. HENNESEY, *op. cit.*, págs. 196-199.

6. *Ibid.*, págs. 307-309.

va rápidamente en la dirección de la secularización. El término «crisis», aunque devaluado por el excesivo uso, no obstante es el término que mejor describe la situación de la Iglesia norteamericana tras el Concilio Vaticano II⁷.

El nivel del discurso teológico en los Estados Unidos, tradicionalmente, ha sido algo carente de profundidad, lo cual se entiende considerando la relativa juventud de la Iglesia y su preocupación más directa por los asuntos pastorales e institucionales. Una buena parte de la teología norteamericana de las últimas décadas —y con ella la formación teológica de una parte correspondiente del clero— se ha basado en una teología europea, intelectualmente influida por la filosofía kantiana y hegeliana. La huella de esa influencia en la cultura católica ha sido muy fuerte, y sus resultados en el orden intelectual y pastoral ha sido en conjunto negativos⁸.

La integración completa de la Iglesia dentro del régimen norteamericano y de su cultura, la yuxtaposición de la Cruz y de la Bandera, ha dado como fruto, asimismo, la identificación de algunos miembros destacados del clero y del laicado con una plataforma política socializante de corte izquierdista. Este acentuar excesivamente la justicia social a expensas del amortiguamiento de los fines espirituales, ha terminado por colocar a un número muy grande de fieles en un estado de confusión, como sometidos a un fuerte e inesperado bandazo.

Como en todas partes en estos últimos tiempos, y siempre con una intención más bien descriptiva podemos también hablar de una crisis en la autoridad y en las creencias⁹. Combinado, no por casualidad, con el serio declive en la calidad de la catequesis, dando lugar a una generación de personas menores de cuarenta años, que prácticamente no tienen noción alguna de las verdades del catolicismo, y otra, de personas mayores de cuarenta años, que guardan sólo vagas nociones de las enseñanzas catequísticas previas al Concilio Vaticano II. Al mismo tiempo, debido a una distorsión inicial de las enseñanzas del mismo Concilio, la liturgia —el núcleo mismo de la piedad de la Iglesia y precisamente el punto de encuentro entre la fe y la práctica de los fieles católicos—, ha sufrido un fuerte deterioro¹⁰.

7. Dietrich Von HILDEBRAND, *Trojan Horse in the City of God*, Chicago, 1967; Ralph MARTIN, *A Crisis of Truth*, Ann Arbor, Michigan, 1982; Ann Roche MUGGERIDGE, *The Desolate City*, San Francisco, 1986; Jacques MARITAIN, *The Peasant of the Garrone*, Nueva York, 1968.

8. Cardenal Joseph SIRI, *Gethsemane*, Chicago, 1981.

9. Mons. George A. KELLY, *The Crisis of Authority*, Chicago, 1982; ID., *The Battle of the American Church*, Garden City, Kansas, 1979.

10. Thomas DAY, *Why Catholics Can't Sing*, Nueva York, 1990; James HITCHCOCK, *The New Enthusiasts*, Chicago, 1982.

A la vista de este real y duro panorama, no sorprende que haya habido una disminución en la práctica de la fe católica, en todos los frentes, desde 1965. La asistencia a misa ha pasado del ya citado 75% de hace treinta años, para situarse en la actualidad en torno al 25%. Las vocaciones sacerdotales y religiosas se han desplomado y siguen cayendo, a pesar de la tendencia de remontarse a nivel mundial. Los abandonos, aunque menos numerosos que en los momentos de la gran sangría de los años sesenta y setenta, siguen no obstante dándose¹¹.

Este surtido de males eclesiales ha tenido un impacto, no sólo sobre las creencias católicas, sino también en las áreas vitales del matrimonio y de la familia. Un tercio de todos los matrimonios católicos termina en divorcio. La incidencia del aborto, entre los católicos, es tan alta como entre los no católicos. El uso generalizado de la contracepción artificial por parte de los matrimonios católicos, ha dado como resultado la disminución del tamaño de las familias católicas, desde una media de cinco a seis hijos en 1960, a sólo 1,8 hijos en 1980 (y se sospecha que la tasa es aún más baja en la actualidad)¹².

Por vez primera en su historia, las diócesis estadounidenses se ven obligadas a cerrar iglesias y escuelas por centenares, debido a la falta de recursos financieros, la poca asistencia de los fieles y la carencia de vocaciones para hacerse cargo de las instituciones. Millones de católicos se han pasado a las sectas evangélicas y fundamentalistas protestantes, tras encontrarse con muy poco estímulo o con insuficiente sentido para seguir practicando su fe católica. Irónica y tristemente, los Estados Unidos se han convertido en «tierra de misión», solo treinta años después de que la Iglesia pareciera estar al borde del desempeño de un papel religioso y cultural preponderante¹³.

3. *El reto de la reevangelización*

¿Cuáles son, pues, las perspectivas cara a la re-evangelización? Antes de contestar a esta pregunta, quisiera señalar algunas de las características

11. Joseph A. VARACALLI, *Neo-Orthodoxy, the Crisis of Authority, and the Future of the Catholic Church in the United States*, en *Faith and Reason*, Vol. XV, No. 23, Front Royal, Virginia, 1989.

12. James O'KANE, *A Sociological View of U. S. Catholicism*, in *Teachings of the Catholic Faith*, Eugene V. Clark, ed., St. John's University Press, Nueva York, 1991.

13. Joseph A. VARACALLI, *The State of the American Laity: Propositions and Proposals*, en «*Faith and Reason*», Vol. XIII, N. 2, Front Royal, Virginia, 1987.

de la sociedad norteamericana, que han proporcionado una historia tan prometedora para la Iglesia en el pasado, y que anuncian mejores tiempos para el futuro. Los estadounidenses poseen un sentido innato de la equidad, del respeto y de la tolerancia hacia las creencias ajenas, una ausencia de envidias y de ideologías, y una falta de respetos humanos a la hora de hablar abiertamente de su religión, y de practicarla¹⁴.

En la historia de la Iglesia en el mundo, ha habido momentos álgidos y puntos de inflexión, como consecuencia de la conjunción entre las mociones del Espíritu Santo y la voluntad libre de los hombres. La fe, en algunas regiones, ha desaparecido a todos los efectos, cuando antes florecía (Oriente Próximo, Norte de Africa), y en otras regiones ha sufrido ataques —y prácticamente había perecido del todo—, para luego renacer (Polonia, Suiza, partes de Alemania, etc.). Sigue habiendo millones de católicos en los Estados Unidos, que pueden llegar a constituir la base para la reevangelización en los siglos venideros. De hecho, con el colapso de tantas ideologías modernas, ya prácticamente no existe, en los Estados Unidos, casi ninguna alternativa al humanismo secular, que no sea el catolicismo¹⁵.

El siglo XXI podrá ser testigo, tal vez, del florecimiento de un catolicismo renovado y purificado en los Estados Unidos. Conforme nos vamos acercando al Quinto Centenario de la primera evangelización de América, ha llegado el momento de subrayar los avances positivos, aparentes para aquellos que tienen ojos para verlos. Aunque sigue la crisis en la Iglesia norteamericana, hay claros indicios de que el fin puede estar próximo, conforme nos vamos despojando de la vieja piel de la disidencia y confrontación en asuntos doctrinales, morales y litúrgicos que son el legado de una interpretación parcial y, en consecuencia distorsionada del Concilio Vaticano II. Aunque algunos ofrecen soluciones a nuestra confusión contemporánea, que tienden a ser nostálgicos, es decir, que miran hacia la edad dorada de los años cincuenta, cuando el catolicismo parecía estar en la cumbre, como ya hemos comentado antes, la solución no está en retroceder, sino en avanzar positivamente con fe y fortaleza. Pero surge la pregunta natural: si la doctrina católica estaba tan firmemente enraizada entre los fieles de aquella época, ¿cómo explicar, entonces, el cuasi colapso del elemento humano de la Iglesia en menos de quince años tras la elección de un Presidente católico por primera vez? Parece que el catolicismo previo al Concilio Vaticano II no estaba lo suficientemente entroncado en una vida inte-

14. Jacques MARITAIN, *Reflections on America*, Nueva York, 1958.

15. David WALSH, *After Ideology: Recovering the Spiritual Foundations of Freedom*, San Francisco, 1991.

rior espiritual —aquella «alma de todo apostolado» que es la única base durable—, capaz de impregnar la sociedad norteamericana y de crear una Iglesia que fuera capaz —por citar a Chesterton— de mover el mundo, en vez de ser movida por el mundo.

Puede que ahora, más que nunca en la historia de América del Norte, incluso cuando las cosas parecen estar tan negras, estemos en una posición para erigir una sociedad cristiana plenamente contracorriente. Como dijo André Malraux —nada menos—, «en el siglo XXI, o el mundo se torna religioso, o dejará de existir».

Tal vez la principal razón en pro de un optimismo realista, sea el pontificado del Papa Juan Pablo II. En catorce años, por medio de sus viajes pastorales, particularmente de sus dos visitas a los Estados Unidos, y por medio de sus escritos doctrinales, el Papa ha ido trazando, en prácticamente todas las áreas concebibles, una visión auténtica acerca de cómo las enseñanzas del Concilio tienen que ponerse, finalmente, en práctica¹⁶. Van a tener que pasar muchos años, —tal vez décadas—, antes de que este magisterio, llegue a filtrarse plenamente hasta todos los fieles, pero la infraestructura para el edificio de la Iglesia ya ha sido construida conforme nos acercamos al segundo milenio.

Hay diversos seminarios —como por ejemplo, Mount Saint Mary's en Emmitsburg, Maryland, Saint Charles Borromeo en Filadelfia y Holy Apostles en Cromwell, Connecticut— que están prácticamente al cien por cien de ocupación. En ellos se ofrece a sus seminaristas una formación integral que producirá una leva de sacerdotes bien preparados intelectual y pastoralmente para el próximo siglo. Estos tres seminarios tienen una fuerte representación de estudiantes provenientes de las diócesis relativamente pequeñas de Lincoln (Nebraska), Arlington (Virginia), Lafayette (Louisiana) y Peoria (Illinois). El ejemplo de estas diócesis y de estos seminarios muestra —por mucho que los sondeos de opinión pública y los estudios sociológicos quieran mostrar lo contrario—, que es posible atraer a grandes contingentes de hombres jóvenes al sacerdocio, a pesar del ambiente adverso del momento.

El principal elemento cara a la puesta en marcha de la nueva evangelización, puede ser, fácilmente, un laicado bien formado que se constituya en levadura que haga fermentar la masa. A lo largo de la historia de la Iglesia, el Espíritu Santo ha inspirado las instituciones que son necesarias para

16. Austin FLANERY, *Vatican Council II Documents*, Northport, Nueva York, 1979.

la buena salud de la Iglesia. Estas instituciones representan —en palabras del sacerdote y filósofo español, Jaime Balmes—, «las hijas de una catolicidad que siempre convierte sus ideas en instituciones». El período actual no es diferente. Si bien esperamos y rezamos para que se dé un renuevo en las congregaciones religiosas en los Estados Unidos, parece sin embargo evidente que también otras instituciones aprobadas por la Iglesia van a tener una gran influencia entre los católicos. Su avance progresivo, enraizado en la lealtad a la Iglesia, una profunda piedad, sólida formación doctrinal y celo apostólico, van transformando, poco a poco, el *ethos* católico.

Se han fundado algunas pequeñas universidades católicas que han crecido muy aprisa, corriendo parejas con la revitalización de las universidades más antiguas. Entre el primer grupo encontramos Thomas Aquinas College, Christendom College y Thomas College en New Hampshire; entre el segundo grupo están la Universidad Franciscana de Steubenville y la Universidad de Dallas. Con la correspondiente libertad que se ejerce en cuanto al enfoque académico y el número de estudiantes, que es tan inherente en las instituciones de educación superior en nuestro país, todas estas casas de estudios ofrecen la posibilidad de adquirir una educación seria y ortodoxa en las artes liberales, que prepara a los estudiantes para el ejercicio profesional o los estudios de postgrado, y —más importante aún— para la transmisión de sus ideales católicos a sus futuras familias y a sus colegas en la sociedad. Todas estas universidades también se han mostrado como semilleros para las vocaciones sacerdotales y religiosas. Otro hecho esperanzador en el mundo académico, es la presencia incrementada de instituciones seculares de estudiantes sobresalientes que van creando, de mil maneras, un ambiente en el cual los estudiantes católicos serios pueden madurar, tanto doctrinalmente como en vida de piedad. Los resultados han sido las vocaciones y las conversiones, a la vez que el reconocimiento —aunque a regañadientes— de que el catolicismo tiene un lugar propio en el «libre mercado de las ideas» que se declara como típico para instituciones como éstas.

Tras el colapso de algunas editoriales católicas, y de un cierto número de revistas y periódicos, en años más recientes han surgido nuevas editoriales, revistas y periódicos que —a pesar de todas sus deficiencias— han demostrado que son publicaciones verdaderamente progresivas e intelectualmente capaces. Ignatius Press, en San Francisco, y Scepter Press, de Princeton, son ejemplos sobresalientes de lo viejo y lo nuevo en envolturas atractivas. *Crisis*, *The New Oxford Review*, *New Covenant* y *The Catholic World Report* son cuatro publicaciones norteamericanas que ya gozan de un impacto notable. Estas publicaciones también muestran que no hay

conflicto entre la lealtad a la Iglesia y la vida intelectual, y, al mismo tiempo, muestran que hay espacios amplios para los desacuerdos notables pero caritativos entre los fieles.

La reedición de los clásicos, que durante muchos años no estaban disponibles, y la introducción de nuevos autores —como el P. Stanley Jaki y el P. George Rutler— proporcionan una oportunidad a los católicos más jóvenes para familiarizarse con la tradición católica. Conforme va pasando a la historia la lectura de los antaño grandes periódicos de opinión católica, llega un grupo sólido de profesionales bien formados en los medios de comunicación audiovisuales y periodísticos, para ocupar su lugar. También vale la pena mencionar la red de televisión de la Madre Angélica: se trata de una conjunción típicamente americana entre la doctrina católica tradicional y la alta tecnología. Va ganando en audiencia, y llega hasta hogares que raramente reciben un libro, una revista o un periódico católicos.

Como ya se ha mencionado, estamos asistiendo a lo que probablemente sea un fuerte colapso del protestantismo convencional. La asistencia a los actos religiosos en las principales denominaciones protestantes ha sufrido un fuerte revés en los últimos años. Combinando esto con la carencia de creencias doctrinales o morales unificadas, la supervivencia misma del protestantismo, llegados hasta este punto, se basa en gran medida en el mero remanente que queda de sus viejas inversiones. Esta realidad conducirá a muchos estadounidenses de buena voluntad a una clara alternativa entre el paganismo moderno y un catolicismo dinámico. Puede que las palabras del Venerable Siervo de Dios el Cardenal John Henry Newman, toquen una fibra más sensible ahora que cuando las pronunció: «sólo hay dos alternativas, el camino que lleva a Roma, y el camino que lleva al ateísmo».

Aunque, como ya hemos mencionado, ha habido un trasiego importante de gentes desde el catolicismo hacia el protestantismo fundamentalista, su planteamiento no histórico, su falta de tradición y su ausencia de autoridad no lo dejan bien parado como alternativa viable para los cristianos formados. A pesar de lo negativo, en conjunto de la situación, los años setenta y ochenta han sido testigos de un extraordinario movimiento de eminentes intelectuales protestantes hacia la Iglesia católica: Peter Kreeft, Thomas Howard, John Haas, Paul Vitz, Deal Hudson y Scott Hahn, entre otros¹⁷. Tal vez el acontecimiento más significativo, haya sido la recepción en la Iglesia, y la posterior ordenación sacerdotal del pastor luterano

17. Robert BARAM, *Spiritual Journeys*, Boston 1988.

Richard Neuhaus, un verdadero heraldo del «momento católico»¹⁸. El papel catalizador de estos conversos, conforme van ocupando sus puestos en las universidades norteamericanas y en los medios de comunicación, va a ejercer una influencia sobre toda una generación de norteamericanos. Al mismo tiempo, puede que sean los instrumentos que se van a necesitar en el futuro para volver a recuperar a aquellos católicos —muchos de ellos de procedencia hispanoamericana— que se sienten atraídos por el mensaje vigoroso del protestantismo fundamentalista.

Paradójicamente, la creciente hostilidad en contra de la Iglesia en la sociedad norteamericana, es una razón que infunde optimismo. Esta hostilidad no puede sorprender. Como dice el poeta francés Paul Claudel, «la fe de un católico no es una cuestión indiferente. Constituye una amenaza directa y personal para la seguridad de aquél que no la comparte». El catolicismo ha florecido, muchas veces, en condiciones sociales de gran hostilidad: véanse los casos de la persecución romana, la irrupción de los pueblos bárbaros, la revolución protestante y la tiranía marxista del Este europeo. Los tiempos más arduos, muy a menudo, han producido los mayores santos y teólogos.

No es una casualidad que la Iglesia estadounidense, todavía joven, no haya producido hasta la fecha un santo que no fuese un converso o un inmigrante. Al mismo tiempo, los Estados Unidos tienen todavía que producir grandes pensadores católicos, capaces de superar la prueba del tiempo. Aunque la situación de la sociedad norteamericana puede empeorar aún, podemos recordar las palabras del Cardenal Karol Wojtyla en Filadelfia, con ocasión de otra celebración de aniversario, esta vez del bicentenario de la independencia de los Estados Unidos: «puede que estemos a punto de contemplar la confrontación final entre el bien y el mal». La persecución parece ostentar la característica de clarificar la elección entre el bien y el mal. Ahora, cuando celebramos el Quinto Centenario de la evangelización de América, parece probable que la Iglesia en los Estados Unidos vaya a producir hombres y mujeres santos, así como las instituciones que se precisan para transformar y evangelizar, de veras, a la sociedad americana. Ha llegado la hora de despojarse de las quejas y de la desesperanza, y de mirar hacia adelante para acometer los retos venideros, con la confianza que da el saberse poseedores de los instrumentos necesarios para la nueva evangelización.

C. J. McCloskey III
Dr. en Teología
PRINCETON (USA)

18. Richard John NEUHAUS, *The Catholic Moment*, San Francisco, 1987.